

LA IMPORTANCIA DEL ACTOR. REFLEXIONES SOBRE EL PORVENIR DE LA HISTORIA SOCIAL

Jean-Pierre Dedieu

CNRS / Framespa (Toulouse) / IAO (Lyon)

Resumen: Las bases en que asentamos el concepto de historia social se han complejizado. Pretendemos aquí poner algo de orden en esta complejidad. El problema de fondo sigue siendo el mismo de siempre: describir las relaciones entre el actor individual y el colectivo. Analizamos a la luz de la sociología reciente la forma en que se distribuye la agencia entre unos y otros. Por ello distinguimos tres clases de actores: individuos; entes colectivos dotados de agencia; grupos nominales, sin agencia propia; y artefactos, desprovistos de voluntad propia, pero dotados de agencia en la medida en que generan a su alrededor campos de fuerza que organizan y condicionan la agencia de los demás actores.

Palabras clave: Historia social – Metodología – Actor (concepto) – Colectivo – Individuo.

Abstract: Recent sociology developed a complex view of the relationship between individual actors and collective actors. Social history focuses on this same problem. Social historians consequently had to follow suit. This paper tries to set some order in this new complexity, as seen from the point of view of the historian's practice, by analysing the distribution of agency among various classes of actors: individual actors; collective actors, endowed with agency; nominal groups, deprived under normal conditions of agency; artefacts, deprived of personal will, but generating force fields which organize and set limits to the agency of other actors.

Key words: Social history – Methodology – Actor (concept) – Goups – Individuals.

LA historia social tal como se practicaba –tal como la practicamos– hace treinta años, ha muerto.¹ Ha muerto fundamentalmente porque el contexto intelectual en que se desarrolló ha cambiado. El historiador siempre dependió, y siempre dependerá, de la imagen que de su objeto de estudio –los conjuntos sociales, su acción y sus interacciones con el medio ambiente– le proporcionan las ciencias sociales afines. Él mismo contribuye a moldear tal

¹ R. Franch Benavent—F. Andrés Robres—R. Benítez Sánchez-Blanco (eds.), *Cambios y resistencias sociales en la Edad Moderna. Un análisis comparativo entre el centro y la periferia mediterránea de la Monarquía Hispánica*, Madrid, 2014. Paradójicamente este libro se presenta como un intento de revitalizar la historia social tradicional. La incapacidad de los autores en proporcionar una argumentación conceptualmente organizada a favor de su tesis subraya hasta qué punto el modo de hacer antiguo queda desfasado. A pesar de que varios trabajos individuales asimilan aportaciones de la nueva metodología, la obra, tomada de forma global, resulta muy reveladora de los lineamientos generales de las prácticas de antaño.

imagen, pero siempre lo hace dialogando con los representantes de otras disciplinas, economistas, sociólogos, hoy en día neurobiólogos.² El historiador maneja, en lo fundamental, conceptos que no elaboró, y los adapta a las necesidades de su disciplina. Pretendemos aquí sacar consecuencias para nuestro quehacer de cambios importantes que afectaron en los últimos veinte años a la forma en que las ciencias sociales en general interpretan las conductas humanas; y consecuentemente determinan cuales son los actores que legítimamente pueden tomar en cuenta los estudios actuales. El movimiento general, durante el periodo estudiado, tanto en sociología como en historia, apuntó a una revalidación del actor individual, frente al ensalzamiento de estructuras desencarnadas que se daba antes; pero el individuo, ya no se percibe como una individualidad cerrada sobre sí misma en una orgullosa soledad, sino como una entidad que riegan intercambios constantes con otros actores que contribuyen poderosamente a amoldar su comportamiento.

LO QUE FUE: LA HISTORIA SOCIAL DE ANTAÑO

Era ante todo una historia del conflicto. Estaba en plena consonancia con la sociología políticamente reformista, la sociología de combate, que simbolizaba en Francia el nombre de Bourdieu. Los sociólogos han cambiado. Bourdieu sigue siendo una referencia para muchos científicos franceses y extranjeros, un punto fijo que les sirve para situarse en el tablero profesional, marcando habitualmente la distancia que les separa del maestro.³ Pero del estudio del conflicto, o de la ausencia de conflicto vista como resultado de la capacidad que tenían los colectivos de disfrazar la realidad de la explotación del hombre por el hombre,⁴ sus discípulos han pasado al estudio de los mecanismos que dan coherencia al cuerpo social. El punto de inflexión lo marcó en Francia el libro seminal de Boltanski y Thévenot sobre la justificación.⁵ Todas las corrientes posteriores, hasta la sociología de las redes de Latour,⁶ todavía hoy en fase de elaboración, se centran en el mismo problema: el hecho de que se tenga en pie una sociedad, de que millones de personas se reconozcan a sí mismas como miembros de un mismo colectivo coherente y solidario, no es natural en absoluto; la investigación de los mecanismos que sostienen esta coherencia no sólo es un objeto científico, sino

² D. L. Smail, *On deep history and the brain*, Los Angeles, 2008. Dejaremos la neurohistoria fuera de este trabajo por no haber calibrado todavía sus implicaciones.

³ Véase entre otros muchos ejemplos, la entrevista de Jean-Louis Fabiani: J. L. Fabiani, "La sociologie par les textes", *Sciences Humaines*, 273 (2015), pp. 28-31.

⁴ Entre los clásicos, Bourdieu y J. C. Passeron, *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, Barcelona, 1977.

⁵ L. Boltanski—L. Thévenot, *De la justification. Les économies de la grandeur*, Paris, 1991.

⁶ B. Latour, *Changer la société. Refaire la sociologie*, Paris, 2006 e *Investigación sobre los modos de existencia*, Buenos Aires, 2013.

también una clave para elaborar estrategias de ingeniería social ordenadas a reforzar esta misma coherencia. Es probable que la fragmentación de la conflictividad, a nivel mundial, en múltiples enfrentamientos locales que, al revés de los conflictos internacionales de antes, no refuerzan, sino que fraccionan los colectivos nacionales, tenga mucho que ver con este giro.

Era una historia de actores colectivos. En consonancia con el estructuralismo vulgar entonces imperante, y con un cientifismo de libro de texto que presentaba el conocimiento científico como la reducción de la realidad a un número finito de factores cuya combinación daba cuenta sin más mediaciones de todo lo observado, y que subrayaba la eficacia de los condicionantes colectivos en el amoldamiento de las conductas individuales. El actor tenía poca iniciativa. La “clase social” a la que pertenecía le imponía prácticamente sus dictados. La clase dependía ante todo de la posición del interesado dentro del aparato de producción; de ahí el primado de la economía que condicionaba la estructura social. Podían matizar esta dependencia el género (poco presente, por decirlo blandamente, en el horizonte intelectual de la época), el nivel educativo, el contexto nacional, la pertenencia étnica, y poco más. Al actor se le reconocía la capacidad de distanciarse en cierta medida del papel natural que tales factores le imponían, o de abrazarlo con entusiasmo. Los historiadores manifestaban una preferencia marcada por los actores que asumían el segundo papel, a menos que la transgresión (así se decía) fuera en línea con el “sentido” que la teoría global imperante asignaba a la historia.⁷

Era una historia teleológica. Nuestra visión de lo social se enmarcaba, en Europa por lo menos, el lugar donde se daba entonces la producción histórica más relevante, dentro de una teoría global, en la que las economías esclavistas de la Antigüedad habían dado paso al feudalismo, el feudalismo al capitalismo, el capitalismo al ... Ahí divergían las opiniones, pero todos confesaban que al capitalismo lo encarnaba la burguesía, y a las fuerzas de futuro la clase obrera. Semejantes ideas eran tan comunes en el mundo académico que generaban un consenso blando en el que se disolvían las oposiciones, y que condicionaba la práctica científica. Muchos estudiantes, hoy en día, rehúsan creer, por ejemplo, que Fernand Braudel fuera un antimarxista militante, como él mismo lo proclamaba. Su quehacer como historiador, en efecto, se parece mucho, visto desde nuestra perspectiva de hoy, con el de Pierre Vilar, el autor del inmortal *Catalunya dins l'Espanya moderna*,⁸ un marxista confeso.

El resultado era una mecánica bastante sencilla en la que dominaban abstracciones: la nobleza, que siempre iba perdiendo terreno frente a la burguesía; la burguesía, siempre en auge; el campesinado, cada vez más pobre,

⁷ J. P. Dedieu, “Une nouvelle approche de l’histoire sociale, les grandes bases de données”, *Sciences de l’homme et de la société*, n° spécial “Vie de laboratoires”, 66 (2003), pp. 35-38.

⁸ P. Vilar, *Catalunya dins l'Espanya moderna*, Paris, 1964-1968.

más explotado por los poderosos, excepto cuando circunstancias excepcionales, tal la peste del siglo XIV, le proporcionaban breves momentos de respiro; con una oposición clásica entre el campesino rico, que tiraba hacia el capitalismo, y el campesino pobre en vía de relegación a la miseria; el trabajador, que no poseía más que su fuerza de trabajo, y la malvendía cada vez peor a los poderosos; el Estado, en vía de construcción siempre en la época moderna —la época moderna, que no concebíamos sino como antesala de la modernidad verdadera, la del siglo XIX— el Estado que fomentaba el capitalismo burgués;⁹ el Poder por fin, conforme a una lectura superficial de la obra de Foucault.¹⁰ *Ego quoque peccavi!* Era la “gigantomaquia” que denunciaba Bourdieu, asustado ante los excesos de quienes le veneraban como un maestro:

Hablar del Aparato, con A mayúscula, del Estado, del Derecho, de la Escuela, hacer de los Conceptos los sujetos de la acción histórica, resulta de la negativa a ensuciarse las manos en la investigación empírica, reduciendo la historia a una gigantomaquia en la que el Estado se enfrenta con el Proletariado o, en el mejor de los casos, con las Luchas, que son las Erinias del tiempo presente.¹¹

No se buscaba en la documentación actores actuando según una lógica individual, sino encasillar a peones en un tablero predefinido por unos conceptos que eran los actores verdaderos de la historia. Se iban buscando documentos que permitían semejante encasillamiento, bien directamente porque ya clasificaban los sujetos en categorías estables, bien indirectamente, al proporcionar índices cuantitativos de los que se podía deducir una clasificación adecuada. De ahí el éxito de las listas fiscales, de los inventarios *post-mortem*, de los catastros, de la documentación “serial” como se la de-

⁹ Sentar las bases sobre las que se iba a edificar el Estado verdadero, el contemporáneo, por fin cumplido, con todos sus rasgos y funciones, contar su “génesis”, tal era la función de los modernistas, ya que no podían celebrar al Leviatán en su realización última. Véase J. Ph. Genet, *La Genèse de l'Etat moderne en Angleterre. Culture et société politique*, Paris, 2003; Ch. Hermann (coord.), *Le premier âge de l'Etat en Espagne (1450-1700)*, Paris, 1989.

¹⁰ La conocían fundamentalmente a través de M. Foucault, *Surveiller et punir. Naissance de la prison*, Paris, 1975. Algunos títulos, sacados al azar, como testimonio del carácter penetrante del concepto: J. L. Castellano, *Gobierno y poder en la España del siglo XVIII*, Granada, 2006; J. P. Amalric (ed.), *Pouvoirs et société dans l'Espagne moderne. Hommage à Bartolomé Bennassar*, Toulouse, 1993; M. Bertrand—Ch. Arnauld—G. Baudot—F. Langue, *Pouvoirs et déviances en Meso-Amérique. XVIe-XVIIIe siècles*, Toulouse, 1998; J. Ph. Luis (ed.), “Culture et pouvoir en Espagne (XVIe-XXe siècle)”, *Siècles. Cahiers du Centre d'histoire “Espaces et cultures”*, 2001; J. L. Castellano—J. P. Dedieu (dirs.), *Réseaux, familles et pouvoirs dans le monde ibérique à la fin de l'Ancien Régime*, Paris, 1998.

¹¹ “Parler d'Appareils avec un grand A, et de l'Etat, ou du Droit, ou de l'Ecole, faire des Concepts les sujets de l'action historique, c'est éviter de se salir les mains dans la recherche empirique en réduisant l'histoire à une sorte de gigantomachie où l'Etat affronte le Proletariat ou, à la limite, les Luttes, modernes Erynies”. P. Bourdieu, *Questions de sociologie*, Paris, 2002.

nominaba, que nos daba una visión de conjunto, la única que hacía posible, así creíamos, la clasificación. La suma del arte consistía en establecer equivalencias entre los distintos indicadores: tal nivel de ingresos fiscales equivalía a tal extensión de tierras de secano en propiedad, a tal otra de tierras de regadío en alquiler, a tantas yuntas de bueyes. Y se buscaba desesperadamente la equivalencia en habitantes del “vecino”, para establecer el divisor imprescindible para comparar grupos distintos.

Todo ello nos parece hoy en día un tanto pueril. Significaba sin embargo un adelanto notable comparado con la práctica anterior.¹² El historiador, por lo menos, intentaba describir mecanismos de la vida colectiva. Superaba la visión de sus antecesores, estrechamente limitada a lo político –lo social y lo cultural se veían como funciones de lo político– y, salvo contadas excepciones, a una visión del mundo basada en el estado anímico de los soberanos o en el relato sin comentarios de las crónicas de la época. Se hicieron grandes descubrimientos en cuanto al régimen demográfico, en cuanto a la relación entre recursos y población, en cuanto a las bases en que se asentaba el poder de los grupos a los que se les reconocía entonces el derecho de mandar. Se amplió sobremanera el campo de visión del historiador profesional, que dejó, en lo fundamental, de ser el *aeda* encargado de celebrar las glorias del triunfador de turno –fuera un hombre, fuera una nación, fuera un sistema político– o, de antemano, las de quien creía iba a triunfar mañana –el proletariado o el capitalismo industrial. Ya miraba más alto. Quería contribuir a la comprensión de grandes mecanismos sociales universales. Y lo consiguió a veces: gran parte de la política demográfica llevada a cabo por los organismos internacionales en los últimos cincuenta años, por ejemplo, se deriva del concepto de transición demográfica que impusieron mis maestros. Fue esta la grandeza de la escuela de los Anales en la que el autor de estas líneas se ufana de haberse criado.

El problema residía en que la negación del individuo como unidad estratégica, motor y lugar de elaboración de las estrategias del juego social, se iba haciendo cada vez más insostenible. La toma de conciencia del hecho fue un proceso largo y complejo, no del todo exento de resabios políticos.¹³ Se puede considerar hoy como definitiva. No llegó a una eliminación

¹² Todavía recuerdo, a pesar de los años, la extraña sensación de alejamiento de la realidad que me dio la lectura de Calmette (J. Calmette, *Louis XI et la révolution catalane (1461-1473)*, Toulouse, 1902) cuando era estudiante de segundo en la Universidad de Toulouse. Lo que leía me evocaba un tebeo, o el Tapiz de Bayeux, un relato que reducía el mundo a un teatro de sombras desencarnadas que se iban pegando golpes a ciegas. La lectura de Georges Duby, Marc Bloch, Pierre Goubert, Lucien Febvre y los demás padres fundadores de los *Annales* me resultó a continuación como una vuelta sumamente refrescante al mundo real, que me hacían inteligible.

¹³ Uno de los episodios notables del mismo en Francia fue el debate suscitado por François Furet y Denis Richet sobre la Revolución francesa, que fue también una etapa importante en la carrera que condujo a Furet de la militancia comunista activa de su juventud al doctorado honoris causa de Harvard de su madurez.

de lo colectivo, a una reducción de lo social a la agregación de individuos sueltos, como erróneamente, a veces, se cree, sino a una nueva interpretación de las relaciones entre lo colectivo y lo individual que nos abre una panorámica mucho más compleja, y consecuentemente un abanico de estrategias de investigación mucho más amplio que antes.

EL INDIVIDUO, EJE DE LO COLECTIVO

Se dieron cambios importantes a partir de mediados de los años setenta. Los sociólogos no sólo cambiaron su punto de mirada, como vimos, sino que al hacerlo se dieron cuenta que los mecanismos sociales eran mucho más complejos de lo que antes creían. El libro ya citado de Boltanski y Thévenot,¹⁴ por ejemplo, no describe una jerarquía social universal. Organiza el mundo colectivo en “mundos” distintos –los autores distinguen por lo menos seis principales en las sociedades occidentales de hoy–, organizados cada uno alrededor de valores y “ordenes de grandeza” distintos. Un sujeto puede tener un papel preeminente en uno de ellos, sin trascender en los demás. Ocupará posiciones distintas según el contexto en el que se sitúe. Sin óbice, desde luego, para que su posición en uno de ellos repercuta en los demás, a poco que los actores del segundo conozcan su situación en el primero, y tengan ellos mismos intereses creados en aquel. Se puede considerar que semejante idea de mundos sociales coexistentes, que forman sistemas de configuración variable en función de la posición de los actores en relación con todos ellos, ha sido ya asimilada por toda la sociología actual, en su esencia por lo menos, aunque cada sociólogo la vaya interpretando a su manera. De la misma forma se fue haciendo más complejo el concepto de recursos. Era un paso importante, ya que toda la sociología, tanto la antigua como la presente, ve en el dominio de recursos la base de la jerarquía social, o sea de la capacidad que tiene cada uno de articular el ente social. Durante mucho tiempo el concepto se fundamentó básicamente en los recursos económicos, en dos versiones: la más basta que consideraba la posición social como una función de la riqueza;¹⁵ otra más refinada que tomaba en cuenta la capacidad de controlar flujos de recursos organizativos. Con Boltanski y Thévenot la posición social pasó a interpretarse como función de la adecuación a las expectativas del entorno, en consonancia con corrientes similares de la economía teórica.¹⁶ Últimamente se está descubriendo que la

¹⁴ L. Boltanski—L. Thévenot, *De la justification...*

¹⁵ Nos atendremos por caridad a esta formulación blanda, que deja abierta un espacio para otros factores. Muchos historiadores, bien por ingenuidad metodológica, bien porque no disponían de más datos, redujeron la “función” a una mera equivalencia: nivel de riqueza = nivel social.

¹⁶ J. Beckert, “Economic sociology and embeddedness, how shall we conceptualize economic action?”, *Journal of Economic Issues*, 37 (2003), pp. 769-787.

posición jerárquica global de cada uno no sólo depende de la intensidad de los lazos que le atan al actor con su entorno inmediato, de su capacidad de ajuste y de liderazgo, sino que tiene una estrecha correlación con la configuración, extensión geográfica y diversidad de sus redes sociales,¹⁷ generalizando a nivel macro-social un hecho bien estudiado a nivel individual.¹⁸

El concepto de racionalidad, por fin, se fue revisando. Tal revisión tuvo consecuencias especialmente graves porque tocaba la raíz del sistema. La racionalidad, en efecto, es el motor que mueve los actores, que les permite integrar los datos proporcionados por el entorno en una conducta observable. El modelo dominante de racionalidad fue durante mucho tiempo el de la racionalidad instrumental, que tendía a maximizar los beneficios y a minimizar los costes. Sin embargo, aún en los campos en que se suponía que se imponía con más nitidez, en su forma bruta, el modelo no correspondía, obviamente, a lo observado: por ejemplo, el comportamiento de los operadores de bolsa, que compran todos al mismo tiempo y todos venden en el mismo momento, es perfectamente contradictorio con la máxima racional que dice que para maximizar los beneficios hay que comprar precisamente cuando los otros venden.¹⁹ Se elaboró entonces una teoría de la racionalidad limitada, en la que entraban en cuenta factores cognitivos —el actor no actúa en función de la situación real, sino de la situación tal como la percibe— y grupales —mejor equivocarse con los demás que arriesgar equivocarse sólo.²⁰ La racionalidad limitada, si bien explica muchas conductas que no tenían sentido en términos de racionalidad instrumental pura, no da cuenta, con todo, de gran cantidad de conductas observables; tal es, por ejemplo, la cuestión clásica de por qué pierde uno su tiempo en ir a votar cuando sabe que su voto, aisladamente tomado, no cambiará nada. El fallo que explica semejante aporía está en la falta de definición del horizonte de referencia de lo racional, que es la utilidad. La utilidad no es una cantidad abstracta universal que cualquier observador puede determinar en cada situación de forma unívoca. Es una función del horizonte de expectativas de cada actor. Es racional toda conducta que tiende a conseguir una utilidad determinada dentro del horizonte de expectativas que se da a sí mismo cada actor. Con la única

¹⁷ Redes sociales en el sentido sociológico de la palabra (REDES. Revista Hispana para el análisis de redes sociales, <http://revistas.uab.cat/redes/index>, consultado diciembre 2014). Nada que ver con Tweeter y similares.

¹⁸ C. Bidart—A. Degenne—M. Grossetti, *La vie en réseau. La dynamique des relations sociales*, Paris, 2011.

¹⁹ Racionalidad que expresa el axioma, “Acheter au son du canon, vendre au son des violons”, principio básico que se enseña a todo aprendiz bolsista, y que de cumplirse aniquilaría el mercado.

²⁰ A. Stanziani, “Information économique et institutions. Analyses historiques et modèles économiques”, en Ph. Minard y D. Margairaz (eds.), *L’information économique, XVIe–XIXe siècle. Journées d’études du 21 juin et du 25 avril 2006*, Paris, 2008, pp. 17-35 ; W. Kasper—M. E. Streit, *Institutional Economics. Social order and public policy*, Cheltenham, 1999.

condición de que este horizonte se conforme, bien con una racionalidad instrumental (es decir: tenga eficacia práctica); bien con una racionalidad cognitiva, que consiste en considerar como verdadera cualquier representación teórica del mundo hasta que exista una razón convincente de considerarla falsa; bien con una racionalidad axiológica, que lleva a considerar como fundamentales ciertos valores y ciertas creencias, mientras argumentos convincentes no se hayan presentado en contra.²¹ Significa todo ello que no podemos entender el comportamiento de los individuos sin antes reconstituir estos horizontes de expectativas, tal como se presentan en el momento en que los estamos estudiando. Notaremos de paso que esto equivale al reconocimiento de un modelo de racionalidad que los historiadores intuitivamente pedían desde hace tiempo cuando protestaban contra la prevalencia del modelo del *homo oeconomicus*,²² o sea la integración de las creencias y representaciones en el campo de la racionalidad. Significa también un desplazamiento del enfoque del individuo aislado al individuo en sus relaciones con los demás, ya que las expectativas axiomáticas de uno, dicho de otra forma los valores en que cree, raras veces son individuales, sino compartidas por colectivos amplios, un aspecto en que insiste el concepto de mundos de Boltanski y Thévenot; lo mismo que los filtros cognitivos a través de los cuales, conforme a la teoría de la racionalidad limitada, el actor percibe el mundo externo.²³

Todo ello, a fin de cuentas, se reduce a un único problema: la determinación de las entidades que el análisis –histórico, sociológico o cualquier otro– tiene que tomar en cuenta y de las características que tienen que poseer estas entidades para constituirse en objeto de estudio.

DETERMINAR Y ANALIZAR LAS ENTIDADES COLECTIVAS

1. Individuos

La inclusión entre los objetos de estudio de los seres humanos individuales, primer tipo de entidades, no plantea problemas.²⁴ El ser humano individual es indisputablemente un actor del mundo social. La mayoría de los autores lo titulan “agente” o “sujeto”. Preferimos por nuestra parte la palabra

²¹ R. Boudon, *Essai sur la théorie générale de la rationalité*, Paris, 2008, especialmente el primer capítulo.

²² Ver al respecto las páginas muy matizadas de P. Veyne, *Comment on écrit l'histoire*, Paris, Seuil, 1971.

²³ A. Stanziani, “Information, institutions et temporalité. Quelques remarques critiques sur l’usage de la Nouvelle économie de l’information en histoire”, *Revue de Synthèse*, 121 (2000), pp. 117-155.

²⁴ Todo el contenido de esta parte de nuestro trabajo se fundamenta, salvo indicaciones contrarias, en Ph. Urfalino, “Décider en corps. Identité, réalité et mode d’être des corps déli-bérants”, *Tracés. Revue de Sciences Humaines*, monográfico “Les êtres collectifs en question”, 29 (2015), pp. 39-64.

“actor”, que insiste sobre su dimensión individual y su capacidad de acción.²⁵ El actor individual, como recalcamos más arriba, es el único elemento del juego social dotado de una voluntad propia, de la capacidad de decisión, de la libertad de elección –sea cual sea el margen de libertad que se le concede al agente– de la capacidad de modificar las reglas del juego en que se encuentra inserto. Él elabora conductas a partir de un complejo conjunto de factores. No es una mónada aislada de su entorno, sino que comunica constantemente con éste, y con otros seres humanos individuales. No es una caja negra, sino que el investigador puede y debe acceder a los procesos por los cuales analiza su entorno, elabora su comportamiento, y a las reglas axiológicas y cognitivas que lo conforman.²⁶ El actor no es un objeto atemporal, sino un producto de la historia, historia inmediata o íntima de su devenir personal, que más bien interesa al psicólogo; historia de los grupos, que le hacen producto también de los mundos en que se inserta, que le imponen modos específicos de percibir su entorno, de amoldarse al mismo, de validar sus expectativas y su comportamiento, lo que interesa al sociólogo y al historiador.

El papel central del actor individual es un hecho de experiencia. Él solo posee una capacidad autónoma de decisión consciente; él es consecuentemente el motor único de la vida social. Muchos estudiosos rechazaron o minimizaron este papel central porque no conseguían integrarlo con otro dato de experiencia, tan fundamental como el individuo, que es la dimensión colectiva de la vida social. La forma en que conceptualizamos hoy en día al individuo resuelve esta dificultad.

2. Seres colectivos

El ser humano individual no lo es todo. Existen agrupaciones, que también se presentan a sí mismas como actores, o que los estudiosos consideran como tales. Agrupaciones las hay de todo tipo. Algunas son sujetos de derecho, tienen una existencia legal, una personalidad jurídica, como una familia, o una firma legalmente declarada, una cofradía, una asociación legalmente reconocida, una unidad militar. Otras son agrupaciones informales, pero claramente identificables como entidades trabadas y lugar donde se elaboran decisiones que inciden en el comportamiento de sus miembros, como una clase de alumnos, una pandilla de malhechores. Se distinguen de las agrupaciones formales esencialmente por la falta de reconocimiento legal: no son objetos jurídicos, pero fácilmente se puede constatar su existencia ma-

²⁵ J. P. Gaudin, “L’acteur. Une notion en question dans les sciences sociales”, *Revue européenne des sciences sociales*, XXXIX-121 (2001), pp. 7-14 ; P. Bridel, “L’acteur. Un concept sur la scène des sciences sociales”, *Revue européenne des sciences sociales*, XXXIX-121 (2001), pp. 7-14.

²⁶ Y hasta a los procesos cerebrales que, como lo investigan las neurociencias, condicionan, acompañan, validan y enraízan semejantes reglas. Véase punto 2.

terial. Existen otras agrupaciones que no tienen la misma consistencia, sino que agrupan individuos que poseen una característica en común, sin necesariamente formar una unidad para la acción inmediatamente reconocible. Algunas agrupaciones de este tipo pueden presentar cartas credenciales de relativa solvencia, como la clase social, o la identidad nacional; otras, que tuvieron su momento de gloria, quedan hoy en gran parte desacreditadas, como el arianismo o el *pedigree* nobiliario.

Las opciones metodológicas más encontradas se enfrentan en relación con las agrupaciones. La opción nominalista las interpreta como espejismos, o mejor dicho comodidades lingüísticas, seres artificiales sin sustancia que se pueda aprehender; se resuelven en la suma siempre cambiante de las individualidades que las componen. En esta perspectiva, el poder decisorio que se les reconoce a algunas, las asambleas deliberativas, por ejemplo, o las firmas, resulta ser una pura convención. La opción realista, a la inversa, reconoce a las agrupaciones una entidad sustancial; las presenta como seres reales, irreductibles a la colección de los individuos que las componen.

Un análisis detenido de un tipo específico de agrupaciones, los cuerpos deliberativos, ha mostrado la fragilidad de la teoría nominalista. Su crítica parte de la descripción que de estos cuerpos da Bentham, el gran pensador inglés de principios del siglo XIX, que proporcionó sin duda el modelo más acabado de los mismos. Según afirma, la permanencia de la asamblea en el tiempo, como un ente reconocible y distinto de todos los demás, un hecho que no niega ni puede negar, no reside en su composición, siempre cambiante, sino en la concurrencia de sus miembros en un mismo acto deliberativo, que es la ley. La dificultad reside en el hecho de que semejante definición se aplica perfectamente a la petición, en la que efectivamente concurren todas las voluntades de los firmantes en un mismo texto, pero no a una asamblea de la que la diversidad de pareceres y voluntades es un elemento constitutivo.²⁷ Un análisis más profundo del concepto muestra que la unidad y permanencia de la asamblea no residen en sí misma, sino en la función que cumple y que se le reconoce en un dispositivo político global. Lo mismo que el individuo no existe sino en relación con su entorno, un colectivo no existe sino en función de un entorno. Un cuerpo deliberante es una organización, o sea una entidad que tiene reglas de funcionamiento interno que la definen claramente frente al mundo exterior; y que tiene también una función que la define no menos claramente frente a este mismo entorno:

Dos criterios permiten su identificación: por una parte un tipo de organización interna que consigue, a partir de la expresión de una pluralidad de individuos habilitados determinar una decisión que los obliga a todos; por otra parte una función o fines concretos en relación con su entorno.²⁸

²⁷ Ph. Urfalino, "Décider en corps...", pp. 41-46.

²⁸ "Deux critères nous permettent de l'identifier, d'une part un type d'organisation interne assurant, à partir de l'expression d'une pluralité d'individus habilités, la détermination d'une

El cuerpo deliberativo es pues un sistema. Posee los tres elementos que caracterizan todo sistema: una organización interna, un entorno exterior y unas reglas de adaptación del interior al entorno. Es sin embargo un sistema de un tipo especial. Se distingue de los organismos biológicos, cuya intencionalidad reside en la supervivencia y cuyas reglas procesales son las del intercambio molecular. Se distingue de la máquina, cuyas finalidades las fija el hombre que las construye, y cuyas reglas procesales son las de la electricidad, de la mecánica. Un cuerpo deliberativo es una organización, o sea un sistema cuyas finalidades deciden los propios actores que la componen, que siempre preservan la posibilidad de cambiarlas; y cuyas reglas procesales deciden también estos mismos actores.

La asamblea deliberativa es un agente. Decide. Pero las decisiones las toman los hombres de carne y hueso que la componen. Ella misma no, porque una asamblea no tiene cerebro. Los miembros de la asamblea, sin embargo, no deciden en función de sus intereses personales, sino en función de las finalidades que atribuyen al colectivo del que son parte: por lo menos tal es la norma y la condición necesaria de su legitimidad. Una deliberación no vale si no se determina “en cuerpo”, o sea con la intencionalidad de actuar como cuerpo. Este carácter es lo que transforma un conjunto de personas cualquiera en corporación, según la palabra tan expresiva del vocabulario jurídico anglosajón, o en una “persona moral compuesta” como lo expresaba Pufendorf ya en el siglo XVII: “Un cuerpo deliberante siempre tiene alguna función determinada por sus miembros o asignadas desde fuera. Tales funciones y fines no son añadidos, son elementos sustancialmente constitutivos de la asamblea”.²⁹

La conclusión de todo ello es que la asamblea no existe a modo de una sustancia, de un objeto autosuficiente, sino como un accidente –en el sentido de la filosofía medieval–, un atributo, a modo de un color, que cambia accidentalmente las propiedades de las entidades individuales que la componen, sin abolir su esencia.

Tenemos aquí el criterio que estábamos buscando para determinar cuáles son los actores colectivos que legítimamente puede manejar un análisis científico, y cuáles no. Serán legítimos todos los que poseen una función claramente definida dentro del organismo social; y al mismo tiempo reglas internas que permitan transformar las voluntades individuales de sus miembros en una resultante que será la voluntad del colectivo. O sea, organizaciones, dotadas de la propiedad de agencia, de la capacidad de ser actores. Hay que distinguirlas de otros colectivos que no pueden ser agentes ni actores. A estos los llamaremos, con Ph. Urfalino, “grupos nominales”, o sea agrupaciones

décision valant pour tous; et, d'autre part, une fonction ou des buts vis-à-vis d'un environnement” (Ph. Urfalino, “Décider en corps...”, p. 50).

²⁹ Ph. Urfalino, “Décider en corps...”, p. 59.

efectuadas desde fuera de individuos que tienen propiedades en común, sobre la base de esta sola comunidad de propiedades.³⁰ Tales son las clases sociales, los grupos de interés, las agrupaciones basadas sobre la situación social, o características físicas visibles. Los grupos nominales no son agentes. No los caracteriza la diversidad de opiniones, sino la uniformidad. No tienen función interna alguna para su organización o para la producción de una acción. No tienen función productiva asignada por las organizaciones de su entorno. Es consecuentemente ilegítimo atribuir cualquier agencia a un grupo definido sobre la única base de una característica común. Para que fuera posible manejar en un análisis cualquiera semejante grupo como actor social, habría que demostrar que corresponde a una organización, y que el poseer esta característica única les hace a cada uno de sus componentes, por el mero hecho de serlo, miembros de semejante organización. La distinción tiene una importancia práctica fundamental.

3. *El grupo nominal*

No significa que los grupos nominales no tengan su papel en la mecánica social. La característica que les sirve de soporte es una característica común a los actores que los componen. Pero estos actores son también los que componen y amoldan organizaciones. El hecho de tener sus miembros características comunes incide necesariamente en la organización. Una asamblea parlamentaria en la que todos los miembros serían tartamudos no tendría, obviamente, las mismas reglas procesales que la Convención nacional francesa de 1793, en la que la oratoria tuvo un papel tan decisivo. Es legítimo hipotetizar que individuos que presentan rasgos comunes van a interactuar con una misma organización de forma similar; con tal que tales rasgos tengan una relación cualquiera con las reglas que determinan el funcionamiento interno de la organización. La talla, por ejemplo, no parece haber sido nunca un elemento decisivo como criterio organizativo de una asamblea, aunque resulta legítimo plantearse, y de hecho se planteó, el problema de su incidencia en organizaciones donde no se esperaba que la tuviera.³¹ A la inversa, un grupo nominal puede revelar una regla efectiva, aunque no formulada, del funcionamiento de la organización. La ausencia de labradores en la Convención nacional no se puede justificar recurriendo a la santa casualidad. Era una regla básica de la representación nacional que ésta quedaba reservada a cierta élite intelectual y social; a pesar de que los principios constitucionales proclamaban explícitamente lo contrario. La coincidencia del grupo nominal derivado con el conjunto de actores implicados en la organización revela así características insospechadas de la misma.

³⁰ Ph. Urfalino, "Décider en corps...", pp. 40-41.

³¹ N. Herpin, "La taille des hommes, son incidence sur la vie en couple et la carrière professionnelle", *Economie et statistique*, 361 (2003), pp. 71-90.

El grupo nominal debe ser manejado, sin embargo, con la mayor prudencia. Determinar una característica siempre es obra de un actor humano. Y caracterizar no es nunca inocente, sino producto de una estrategia. Puede ser una estrategia explícitamente manipuladora. No por ello deja necesariamente de mantener con su entorno relaciones complejas, muy reveladoras de la mecánica social subyacente, y por ello sumamente interesantes, en las que el concepto de “verdad” se queda inoperante como instrumento de análisis. Casi siempre, el mismo concepto que define el grupo nominal encubre realidades del todo dispares. Por ejemplo, sea la calificación de cristiano viejo en la España moderna. De todos es sabido que la sociedad española había puesto a punto para la calificación de sus miembros pruebas de limpieza de sangre que, a base de testimonios orales y documentos oficiales, comprobaban la conformidad de la persona con una definición, ella misma muy elaborada, del cristiano viejo, libre de toda mancha, de cualquier ascendencia judía o mora.³² Dotada de reglas internas y de una función claramente definida, el aparato de producir informaciones puede ser considerado como una organización. De todos es sabido igualmente que las calificaciones que de la prueba resultan no tienen gran cosa que ver con la ascendencia de los interesados, sino, mucho más, con su capacidad de acallar críticas y suscitar testificaciones tan halagadoras como desprovistas de fundamentos reales.³³ Error tan grande sería tomar estas al pie de la letra como rechazarlas de plano. El desfase con la realidad que se supone reflejan, muestra que lo que se buscaba por ellas no era la limpieza que figuraba en las proclamas oficiales, sino otra limpieza, social, o sea la aceptación del candidato por las élites dentro del colectivo que ya conformaban. Contrastemos este objeto institucional con el dicho famoso de Sancho Panza, “Sea por Dios, que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta”.³⁴ Es obvio que “cristiano viejo” tiene aquí otro sentido, y no parece remitir a ninguna elaboración organizacional.

La estrategia calificadora puede resultar de condicionantes legales, por una pura mecánica institucional que se proyecta necesariamente en una calificación nominal concreta. Todos los reos de fe en la inquisición vienen calificados como herejes. ¿Qué remedio? El tribunal sólo podía perseguir herejes. Era pues necesario que los calificara de tal, aun cuando sabía perfectamente que no correspondían a la definición legal ni teológica de la herejía. De nada sirve echar a una supuesta “falta de concreción” de la fuente el que un secretario del ayuntamiento de Veracruz (México) clasifique en el mismo apartado, como dependientes, una criada india y un joven mercader

³² J. P. Dedieu, “La información de limpieza de sangre”, en S. Muñoz Machado (ed.), *Los grandes procesos de la historia de España*, Barcelona, 2002.

³³ E. Soria Mesa, *El cambio inmóvil. Transformaciones y permanencias en una elite de poder (Córdoba, ss. XVI-XVIII)*, Córdoba, 2000.

³⁴ M. de Cervantes, *Quijote*, I, 21.

español, dos seres que obviamente pertenecen a dos categorías sociales distintas.³⁵ Distintas, desde el punto de vista de la autora del trabajo que citamos, no desde el punto de vista del ayuntamiento de Veracruz en este documento: se trata de un censo municipal, en el que todos los miembros del hogar figuran, por construcción, como dependientes del cabeza de familia. El mejor ejemplo que conozco de dependencia del contexto de las calificaciones mencionadas en listas nominales es sin duda el caso de Francisque Bonnardel, un vecino de Lyon, quien, con unos meses de diferencia, alrededor de 1860, declara en tres documentos oficiales, tres oficios distintos: negociante en sedas, terrateniente, rentista.³⁶ El primer documento es un acta de cesión de activos en comandita; el segundo la compra de unas tierras agrícolas; el tercero un nombramiento como miembro de una comisión de evaluación fiscal. Las tres calificaciones eran, al pie de la letra, exactas. Todo dependía del contexto. Nos estremecemos con sólo pensar en los resultados de someterse el personaje a un análisis del tipo que se hacía antaño, en que se comparaba, por ejemplo, el grupo formado por los que un documento, o un tipo de documentos, calificaba de “terratenientes” con el grupo que calificaba como “mercaderes”...³⁷

Mucho más se podría decir sobre las estrategias que presiden la elaboración de grupos nominales. Que los oficios, por ejemplo, en una lista de contribuyentes del siglo XVII, sirven fundamentalmente para identificar las personas; que no se mencionan cuando no tienen este valor identificatorio; lo que resulta en una infravaloración espectacular de los oficios agrícolas... Hasta el color de los ojos resulta de procesos cognitivos que dependen del observador, como bien lo saben los estudiosos de los archivos militares.³⁸

O sea, que cuando uno se encuentra frente a una mención del tipo “grupo nominal”, lo primero que tiene que hacer es entender lo que significa, y cuál es la estrategia que la llevó a figurar donde figura, y cuál fue la estrategia que llevó a silenciar el dato en otro sitio. A sabiendas de que no denotan necesariamente lo mismo dos denominaciones iguales, y de que no quieren decir necesariamente lo que parece que dicen, aunque su sentido parezca claro y preciso. Sin una puesta en contexto detenida, semejantes datos no tienen

³⁵ E. Sánchez, *Las élites empresariales y la independencia económica de México. Estevan de Antuñano o las vicisitudes del fundador de la industria textil moderna (1792-1847)*, Puebla, 2013.

³⁶ ADRhone 3E13440; 3E13416; 3E13407. Documentación vaciada por Serge Chassagne en el marco de un estudio sobre los grupos empresariales lioneses, depositada en el Laboratoire Rhône Alpes de Recherche Historique, LARHRA, en Lyon.

³⁷ Callaremos nombres para no poner en la picota a colegas por otra parte estimables. Garantizamos rigurosamente el hecho.

³⁸ P. A. Gloor, “La couleur des yeux à l’époque du 1er Empire, quelques commentaires sur l’évolution de ce caractère durant 238 ans”, *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 4 (1976), pp. 677-699.

sentido. Y una vez que se entiende el porqué del cómo, conviene recordar siempre que no forman grupos de agencia, sino grupos que crean una relación más o menos significativa según el contexto, entre algunos actores que, ellos sí, actúan y conforman organizaciones. La mención nominal no quiere decir nada fuera de su contexto.

Un último punto queda por mencionar en relación con los grupos nominales. El contenido de un grupo nominal puede transformarse en organización. Puede, mejor dicho, llegar a crear un grupo de común identidad sobre cuya base va a surgir una organización.

4. *El artefacto*

Hasta el momento nos quedamos con tres tipos de objetos: actores humanos individuales y organizaciones, ambas dotadas de agencia; y grupos nominales, que no tienen sentido en sí mismos pero que pueden ofrecer pistas para el conocimiento de los actores y de las organizaciones, una vez que se hayan cuidadosamente puesto en contexto. Queda por examinar un último tipo de objeto, más problemático si cabe en su capacidad de agencia, el artefacto.

Llamamos artefacto a un objeto elaborado por el hombre y desprovisto, a todas luces, de cualquier capacidad de iniciativa, y consecuentemente de agencia.³⁹ Aparecen en nuestros análisis cuando consideramos los objetos como entidades que establecen relaciones entre los actores (así la casa comprada entre el vendedor y el comprador; el libro entre el autor y el censor, etc.). Son pasivos, pero tienen propiedades que crean, destruyen, conforman o modifican las relaciones entre las demás entidades. Su capacidad de insertarse en redes relacionales los hace radicalmente diferentes de las calidades que definen los grupos nominales: tales calidades no figuran nunca como soportes de relaciones. Decidimos consecuentemente procesar los artefactos como si de agentes se tratase, aunque agentes de un tipo especial. Funcionalmente se parecen a organizaciones. Como las organizaciones transforman las relaciones entre actores, y entre actores y organizaciones. Como las organizaciones, no tienen voluntad propia, sino que canalizan y transforman los impulsos suscitados por los actores con que se relacionan. Obviamente, todos los artefactos no tienen la misma capacidad de servir de punto de anclaje a relaciones entre actores. Algunos, especialmente los que clasificamos hoy en día como objetos patrimoniales, generan con facilidad un rico acervo de relaciones: casas, libros, edificios públicos; pero todos, de una forma u otra, pueden suscitar una fuerte implicación de otros actores y organizaciones.

³⁹ También llamamos así, a pesar de la incorrección lingüística que ello supone, a los pocos animales y productos naturales que hemos tenido que insertar en las redes que relacionan los actores que hemos estudiado hasta la fecha.

Llegamos a estas conclusiones por la vía empírica de la necesidad de formalizar los contratos y documentos legales que teníamos que incluir en nuestras bases de datos. Luego nos enteramos de que Bruno Latour, partiendo de presupuestos mucho más teóricos que los nuestros, había formulado las mismas conclusiones en cuanto a la necesaria inclusión de los objetos en redes de relaciones que unen a individuos humanos entre ellos y con organizaciones.⁴⁰ Va incluso más allá de nuestra propia posición al atribuirles directamente agencia. Esté o no de acuerdo uno con él en este punto, su aportación confirma por otra vía lo que nos impuso una necesidad práctica. Los artefactos también tienen que procesarse, si no como actores de pleno derecho, por lo menos como vehículos de agencia. Lo que a nivel práctico significa prácticamente lo mismo.

CONCLUSIÓN: VUELTA A LA PRÁCTICA

¿Cómo se debe abordar, en estas condiciones, la historia social? Primero, equipándose con una representación global del objeto del estudio. Las ciencias sociales ven obviamente la sociedad como conjuntos de actores individuales, insertos en múltiples organizaciones. Actores individuales y organizaciones se relacionan los unos y los otros por redes de relaciones diversas, cuyo tejido constituye la trama de la vida social. Latour es quién, sin duda, llevó el concepto a sus últimas consecuencias, pero los demás sociólogos no le desmienten. De ahí el carácter omnipresente del concepto de red social en los estudios actuales, omnipresencia que no deja de plantear unos problemas.⁴¹

¿Cómo abordar el estudio de estos conjuntos de actores y organizaciones? Obviamente, partiendo de los actores individuales, teniendo en cuenta que son los elementos constitutivos de las organizaciones y los únicos motores de su proceder. Idealmente, habría que reconstruir el tejido completo de relaciones que mantiene cada actor con todos los demás actores, con los artefactos que sirven de punto de anclaje a relaciones entre actores, con todas las

⁴⁰ B. Latour, *Reassembling the social. An introduction to actor-network-theory*, Oxford, 2005.

⁴¹ Publiqué sobre redes sociales en historia en una época en que pocos historiadores se interesaban por el tema (J. L. Castellano—J. P. Dedieu (dirs.), *Réseaux...*). No se me podrá consecuentemente acusar de rechazar el concepto por conservadurismo si manifiesto, como aquí lo hago, una notable preocupación por la moda actual del concepto de red social en la historiografía. Me temo que muchos autores hagan de la red un objeto independiente en sí mismo. No es así. Una red no es una cosa, un objeto que se pueda observar aisladamente, que tenga existencia propia. Una red es una figura geométrica, sin más. A nadie se le ocurriría hacer del cuadrado o del triángulo el principio de la organización social. Tan absurdo es hacerlo de la red. Lo que llamamos redes son flujos de relaciones que corren entre actores, y cuya geometría tiene las propiedades de la familia de figuras que llamamos redes. El objeto no es la red, sino lo que fluye en ella.

organizaciones a las que pertenecen los actores, y las relaciones que estas organizaciones mantienen las unas con las otras y con otros actores que de esta forma quedan relacionados con los primeros. Para cada organización, habría que analizar las reglas organizativas que las conforman, y apreciar cómo la organización coordina, merced a ellas, las conductas de los actores implicados. Habría que analizar las características de cada actor para ver cómo inciden éstas en su relación con las organizaciones a las que pertenece, o cómo la pertenencia a tal o cual organización dota al actor de características que le hacen deseable o indeseable para otras organizaciones u otros actores, aumentando o reduciendo la probabilidad que tienen de establecer lazos con él.

No se trataría, obviamente, de registrar todas las interacciones, sino las relaciones que crean red social, o sea aquellas cuya entidad supera el ritual previsto para los intercambios puntuales en la sociedad a la que pertenecen los protagonistas.⁴² Aun así, sería un programa imposible de realizar, ya que equivaldría a reproducir a escala 1:1 los lineamientos del universo completo de la realidad social. La única estrategia posible consiste en analizar casos concretos; partir de un punto cualquiera del tejido estudiado, y dejar que surjan actores y organizaciones a medida que se van llamando los unos a los otros; y ejecutar sobre lo que sale a luz los análisis que describimos en el párrafo anterior. Dejarse llevar, analizando, a medida que se presentan, la forma en que los grupos se van organizando en configuraciones estables, generando procesos reglados de funcionamiento interno, generándose incluso los unos a los otros; partiendo siempre de la observación de conductas efectivas, exactamente como lo hicieron Bidart, Degenne y Grossetti en un libro que consideramos como modélico.

Ellos tuvieron la suerte de trabajar sobre un material que pudieron observar *in vivo*, consiguiendo por esta vía datos en adecuación con las necesidades de su estudio. No así el historiador, que tiene que hacer con las fuentes que le quedan y que nunca, es una regla fundamental de la metodología histórica, se elaboraron en función de sus necesidades. Nunca conseguirá el historiador que varias decenas de actores le proporcionen la imagen espontánea que tienen de su red social a intervalos regulares de varios años, como lo pueden hacer sociólogos.⁴³ Pero una paciente acumulación de datos le puede proporcionar si no algo equivalente, por lo menos lo suficiente como para obtener resultados interesantes. Se apoyará en el trabajo de los que investigan el mundo contemporáneo, para comprobar si los fragmentos que consigue reconstituir corresponden con lo que ellos encontraron. Aprovechará también su superior dominio del tiempo para introducir la duración, la larga duración, en sus modelos...

⁴² C. Bidart—A. Degenne—M. Grossetti, *La vie en réseau...*, p. 6.

⁴³ *Ibidem*.

Semejante programa exige el manejo de ingentes cantidades de datos. Datos parciales, que hay sin embargo que preservar, aún provisionales, en estado bruto o semi-bruto, para poder complementarlos a medida que surgen más datos que con ellos se pueden relacionar. A semejante pliego de condiciones sólo puede responder una base de datos, ya que las herramientas digitales son las únicas que pueden hacer frente en términos de volumen y de flexibilidad a las exigencias que formulamos; pero no cualquier base de datos. Una base que entregue una información abierta, que permita localizar con facilidad cualquier información en función de su contexto, que haga posible una fácil ampliación e interconexión de la misma, y que organice los datos conforme al modelo que describimos arriba: actores, organizaciones, artefactos; relaciones entre los unos y los otros; caracteres que permitan insertar los unos y los otros en cualquier lista nominativa y, al revés, recuperar listas de actores a partir de listas nominativas.